

Graham, Gordon, *Internet. Una indagación filosófica*, Madrid, Cátedra, 2001.

Reseña elaborada por
HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Reseña

El búho de Minerva levanta el vuelo al caer la tarde esta famosa sentencia de Hegel tiene un hondo sentido que expresa el carácter cognoscitivo de la Filosofía y que además la diferencia de otras manifestaciones de conocimiento. La alegoría mitológica griega que utiliza Hegel es por demás obvia y pertinente: Minerva es la diosa de la sabiduría, que queda encarnada de manera cognoscitiva en el búho que reposa en su hombro. De hecho el búho es el que mejor simboliza a la Filosofía con su sereno y permanente estar despierto para contemplar todo lo que acontece a su alrededor. Pero lo decisivo de la sentencia hegeliana radica en el señalamiento del momento en que el búho inicia su vuelo, que es precisamente en el atardecer, para luego hundirse en la noche. Ese vuelo representa la acción epistemológica del filosofar que se cierne sobre el mundo una vez que un proceso, el día, llega a su ocaso; lo que significa que requiere de la perspectiva que brinda contemplar la mayor parte de un proceso (social, humano, científico, tecnológico, etcétera) ya ocurrido en todas y cada una de sus partes. En otras palabras la Filosofía es una reflexión que busca abarcar la totalidad, e incluso cuando se dirige a un objetivo particular éste tiene que observarse al trasluz del todo, de ahí que su eficacia explicativa quede limitada o trabada cuando se desenvuelve simultáneamente en el transcurso de un proceso. Estar inmerso en el interior de un proceso sólo permite ver la parte desgajada del todo, lo que redundaría en una explicación oblicua. Las últimas luces de un proceso centellean, el búho filosófico abre los ojos para contemplar con mayor lucidez la transición del día hacia la noche: señal para levantar el vuelo de la reflexión; y cuando el mundo inicia el reposo, el filosofar comienza su indagación sobre lo que ha quedado atrás en conjunto. Este proceder de la Filosofía puede llegar a hacer creer que es semejante a la Historia, en cuanto que ésta explica lo que aconteció a hombres y sociedades en el transcurso del tiempo; pero la diferencia entre ambas es notoria: la Historia explica el entramado de acciones que dieron como resultado tal o cual acontecimiento del pasado; la Filosofía (sin hacer referencia a la Filosofía de la historia) ofrece una explicación teórica, esto es, indaga sobre el ser de cualquier entidad, y en cuanto teoría es una visión integradora de la multiplicidad. Por otra parte, existen áreas de conocimiento cuyo fundamento les permite dar explicación de un proceso o acontecimiento simultáneamente a su desenvolvimiento, como son las correspondientes a las ciencias naturales o las ciencias sociales. Asuntos como estos deben tenerse en consideración a la hora de reflexionar sobre un fenómeno tan de actualidad como Internet. Y son precisamente estas cuestiones las que quedan sin resolver y fracturan el libro de Gordon Graham *Internet. Una indagación filosófica*.

El subtítulo del libro deja claro el enfoque desde el cual aborda el autor el problema de Internet. Al ser una indagación filosófica sobre un fenómeno que de hecho se encuentra *per se* en su fase inicial de desarrollo, enfrenta a Graham a las complejidades y perplejidades arriba expuestas respecto al requerimiento de perspectiva epistemológica propio de la reflexión filosófica. Esto se denota en los malabares argumentativos que desarrolla en la introducción para justificar su indagación filosófica de Internet, desde allí comienza la fisura que recorre la integridad del libro. Ahora bien, al decir que el libro de Graham está cruzado por la contradicción entre la reflexión retrospectiva de la filosofía y la actualidad del fenómeno Internet, no se pretende negar la posibilidad de abordarlo filosóficamente. Pero en este caso la señalada contradicción cancela la intención del autor porque no logra construir una explicación filosófica auténtica y satisfactoria de su objeto de conocimiento. Creyendo haber salvado el escollo, Graham se lanza a navegar en el río de Internet a la velocidad que impone el avance del mismo fenómeno pero en ningún momento se detiene para levantar la mirada y contemplar qué hay más allá de los márgenes del río que lo arrastra. Más aún, de haber levantado por sistema la mirada hubiera terminado por aceptar que la mejor forma para comprender filosóficamente el fenómeno Internet era salir de ese río para contemplar su recorrido desde las márgenes, lo cual le hubiera dado la oportunidad de ir más allá de las propias márgenes, y de ese modo ubicar en su justa proporción y lugar ese fenómeno dentro de un territorio más amplio. Eso de paso le habría permitido remontarse a las fuentes de donde surge ese río, o bien llegar al mar donde éste desemboca. Con otras palabras, la forma en que se puede llevar a cabo una auténtica indagación filosófica sobre Internet es enfocándolo no como un fenómeno cerrado en sí mismo, sino como formando parte o extensión de un más amplio proceso anterior. Al concebirlo como un fenómeno cerrado en este momento que se presenta en su fase inicial –en el amanecer– se bloquea la toma de distancia epistemológica necesaria para el despliegue del filosofar. Por el contrario, si se lo concibe como producto de un vasto proceso que lo precede (y produce) lo vemos en su fase final, en el atardecer: con lo que el búho de Minerva puede levantar el vuelo sin quedar cegado por la luz de la alborada.

Por incurrir Graham en esa insuficiencia epistemológica su indagación filosófica pierde el filo crítico y se convierte en una reflexión superficial, donde incluso los ejemplos utilizados por momentos se tornan banales y fatigosos, lo que hace que el desarrollo argumentativo pierda fluidez y agilidad. Aunque esto también se explica a partir de la propia ascendencia filosófica del autor: la tradición empirista anglosajona, que explica su habilidad para deslizarse en la superficie de un fenómeno cerrado en sí mismo. A pesar de todo ello el libro se encuentra salpicado de agudas y profundas observaciones, que son resultado del deseo de guardar una posición equidistante de las dos posturas extremas frente al fenómeno Internet: los apologetas y los denostadores. Posturas que Graham caracteriza como tecnófilos frente a neoludditas, esto es, los amigos (fanáticos) de la tecnología y los demolidores de la tecnología (los ludditas eran los seguidores de Ned Ludd, que a principios del siglo

XIX destrozaban la maquinaria de las fábricas porque ponían en peligro sus trabajos y subsistencia). La posición de Graham pretende ser una posición intermedia, una tercera vía que recupere lo mejor y denuncie lo negativo que hay en Internet. Mas este espíritu de equilibrista no se sostiene en el desarrollo del texto y Graham termina gradualmente por convertirse en un neoluddita clandestino. Lo que en el fondo no es una desorientación sino una actitud lógica de quien desde el campo de las humanidades hace el esfuerzo por comprender el fenómeno tecnológico. Pero su neoluddismo subrepticio no lo lleva a estructurar una crítica orgánica, ello también como consecuencia de los factores ya arriba especificados. Una crítica sistemática y profunda tendría que contemplar la integridad e interacción de las partes y el todo del fenómeno en sus múltiples niveles. Los componentes del fenómeno actúan entre sí, pero a su vez éstos interactúan con los elementos de la globalidad exterior y todo ello enmarcado en su devenir histórico: el búho de Minerva en pleno vuelo.

Entre las observaciones valiosas que hace Graham cabe destacar aquellas que tocan el problema central de la tecnología de Internet, como por ejemplo cuando señala que “Mientras que los deseos pueden ser subsumidos bajo apartados generales –el deseo de alimentarse, de ser estimulado, de divertirse, de recibir información, de esparcirse, etcétera–, las innovaciones tecnológicas no crean nuevos deseos en ningún sentido interesante o profundo. Sólo crean nuevas posibilidades de satisfacer viejos deseos, aunque se trate de viejos deseos que admiten una especificación mayor y más refinada”. La tecnología no incide entonces en esa dimensión esencial humana que es la generadora del deseo, sólo busca satisfacerlo; pero, cosa en la que no ahonda Graham, se convierte en un disparador de la voluntad que a toda costa busca esa satisfacción. Shopenhauer en su obra *El mundo como voluntad y representación* explica que el mundo es recorrido por el impulso vital de la voluntad, es la vida pletórica de deseos que se hace presente en cada especie viviente. Pero la voluntad una vez que ha satisfecho los deseos se hunde en el hastío, que es la presencia de la muerte en medio de la vida, de donde sale cuando surge un nuevo deseo que busca ser satisfecho. Esto comprendido bajo la óptica tecnológica significa que los deseos pueden ser satisfechos de manera artificial y más rápidamente con menor esfuerzo vital, y ello hace que la sombra del hastío sea una presencia constante. Sombra que ha de ser exorcizada a través de la constante innovación tecnológica: huida artificial de la muerte.

La concepción de la tecnología como satisfactora de deseos conduce a Graham al centro de la argumentación de los defensores de la tecnología de Internet: su base democrática. Tales defensores pueden argüir que el espíritu democrático de Internet queda claramente patente en que no hace distinciones ni elitismos de ninguna índole al satisfacer los deseos de la gente. Pero Graham imbuido de preclaro neoluddismo cuestiona esto al explicar con perspicacia que: “esta misma tecnología no hace nada por resolver el gran problema de la teoría democrática: su preferencia por la igualdad sobre la racionalidad. Los teóricos democráticos tienden a asumir que, cuanto más ampliamente se disemine la información y más amplio sea el foro de discusión y

debate públicos, más probable será que surja un amplio consenso en cuestiones políticas, morales y sociales. Es ésta una suposición difícil de defender (...) Puestos a especular sobre el futuro, existen razones para creer que es más probable que Internet aumente la fragmentación social en lugar de promocionar el consenso social. Desde luego, habría que tomarse con seriedad una alarmante posibilidad: que Internet termine por llevarnos a la anarquía moral”. El hecho de que Internet satisfaga los deseos de información de cualquier persona “democráticamente” no significa que se esté ejerciendo con ello la auténtica democracia, puesto que sólo atiende a su aspecto más exterior, la igualdad; la cual si no está apuntalada por la racionalidad se convierte en un juego de manipulaciones e intereses que sólo sirve a pequeños grupos y no al conjunto social. Lo que hay en Internet es información (datos) disponible para todo el que acceda a ella pero no un fomento de la racionalidad; es más, el carácter de esa información en no pocos casos es eminentemente irracional lo que, como indica Graham, es una vía hacia la fragmentación social. Reflexiones como ésta cruzan el libro y podrían seguirse comentando, pero finalmente lo que dejan en evidencia es su tendencia endogámica, es decir, que muestran la relación interna entre las partes que componen el fenómeno, pero de manera incompleta, y con ello queda trunco también el carácter filosófico de su indagación, al no mostrar su interacción con la globalidad exterior, que en este caso es la estructura general del sistema capitalista. Sistema cuyo desenvolvimiento histórico y especificidad diferencial respecto a otros sistemas socioeconómicos hacía de él el único que podía dar lugar a la invención tecnológica de Internet. Por esta razón de una u otra forma Internet se encuentra signada por la misma lógica que articula al capitalismo. Preminencia de la ley del valor de cambio, mentalidad mercantilista, racionalidad instrumental, tendencia deshumanizadora, éstos son algunos de los factores de la lógica capitalista que propiciaron el desarrollo tecnológico que históricamente desembocó en la tecnología cibernética. La cual de hecho marca la transición hacia una nueva configuración del capitalismo que algunos definen como la era de la sociedad de la información. Pero este nivel de explicación ni siquiera es vislumbrado por Gordon Graham, puesto que de haberlo hecho hubiera incidido en una crítica medular no sólo de la tecnología de Internet sino del sistema que le dio origen. Y entonces sí, el búho de Minerva habría llevado a cabo su vuelo nocturno completo, hasta rozar con el siguiente amanecer.

